

**JUEVES SANTO**  
**MISA EN LA CENA DEL SEÑOR**  
**2017**

La Eucaristía es la Nueva Pascua en la que se conmemora la liberación del pecado y de la muerte que Cristo ha conquistado con su inmolación en el sacrificio de la Cruz. El pan y el vino consagrados son realmente el cuerpo y la sangre de Cristo. Es Cristo mismo entregado a la muerte y glorificado en la resurrección. ¡Qué admirable misterio en el que Dios se entrega para que el hombre lo reciba y recibéndolo, él mismo se entregue a Dios y a los demás! Todos los días la Iglesia celebra la Eucaristía en la que se conmemora la Redención de Cristo y la ofrece a la humanidad para que muchos la reciban y así alcancen la vida eterna.

En la eucaristía, Cristo está realmente presente bajo las especies del pan y del vino. ¿Qué significa esta presencia que llamamos real? ¿Es distinta a las demás presencias del Señor? Significa que en la eucaristía esta “Cristo entero” como recordó el Concilio de Trento (DS 1651). La presencia real de Cristo en la Eucaristía es singular por ser presencia excelente, esto es, substancial. Hacia esta presencia se orientan todas las demás presencias del Señor con las que el cristiano puede también encontrarse con el Señor que vive para siempre: En la Iglesia como sacramento de Cristo en el mundo, en su Palabra, en los demás sacramentos, en los pobres, los enfermos, los encarcelados, en los afligidos por cualquier causa.

El Señor cumple su promesa de estar en medio de nosotros hasta el fin de los tiempos. Él es fiel y está. Nuestra tarea está en reconocer su presencia, alegrarnos como se alegraron los discípulos el día de Pascua y sentirnos enviados como apóstoles a proclamar la Buena Noticia a todos los hombres.

El Concilio Vaticano II en el Decreto Sacrosanctum concilium indicó que “la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos”.

Han pasado ya más de cincuenta años de la promulgación de este Decreto y dudo si realmente los cristianos somos conscientes de lo que realmente celebramos en el santo sacrificio de la Misa. Venir a la celebración de la Misa no es lo mismo que ir al cine o al teatro. A esto se va como espectador. A la Misa se viene como concelebrante y contemplador del misterio de Cristo que se hace presente en la asamblea reunida, en los ministros, en la Palabra proclamada y en la eucaristía. Para celebrar dignamente los sagrados misterios eucarísticos es necesario

preparar la celebración en nuestras casas (por ejemplo. Leer las lecturas de la palabra de Dios y las oraciones correspondientes del día) y sobre ellas hacer una breve oración personal. Es necesario estar en la Iglesia en lo que se celebra, esto es, participando en los diálogos, en el canto, en los gestos, en todo aquello que nos ayude a ser conscientes que el Señor está aquí y nos visita para darnos su paz. Por último la celebración de la eucaristía continúa en el mundo en el que cada uno vive dando testimonio. Esta última parte es de una gran responsabilidad. Incluso los que no creen nos juzgan y nos critican positiva o negativamente refiriéndose a nuestra participación en la eucaristía. ¡Cuántas veces hemos oído aquello de que “hazlo tú que vas a misa” o “cómo te atreves a hacer esto yendo a misa todos los días”.

El aumento de gracia y de amor en el cristiano que participa en la eucaristía muestra de alguna manera la consciencia con la que vive el misterio eucarístico.